OCEANO PACIFICO. NUEVO ORDEN MUNDIAL Y OCEANOPOLITICA*

Jesús Salgado Alba
Contraalmirante
Armada de España

Introducción

En esta mi segunda conferencia durante mi gozosa estancia en la fraternal República de Chile, deseo que mis primeras palabras sean de agradecimiento. Para el Sr. don Jaime Lavados, rector de esta casa de estudios, por el alto honor que me ha dispensado al invitarme a ocupar esta prestigiosa cátedra para ofrecer a ustedes unas sencillas reflexiones sobre un tema extraordinariamente complicado, cuyo título es: Océano Pacífico. Nuevo Orden Mundial y Oceanopolítica. Una trilogía de grandes conceptos, cada uno de los cuales merecería, no digo una, sino varias conferencias pronunciadas por verdaderos expertos en esas materias, de las que yo soy simplemente un modesto aficionado. He de confesar a ustedes, con toda sinceridad, que cuando hace no más de dos semanas recibí en Madrid el estimulante encargo de pronunciar una conferencia con tan ambicioso título, me sentí desbordado al comparar mis posibilidades con la responsabilidad que un tema de tan gran trascendencia y amplitud exige. Pero ese sentimiento duró sólo unos segundos al pensar que iba a tener la fortuna, la inmensa fortuna, de dirigirme a un auditorio como el que tengo ahora delante, integrado por verdaderos amigos de estirpe hispana, que no podrán negarme su generosa comprensión ante mis limitaciones.

Dicho esto no haré más preámbulos, pues el tiempo es un bien escaso, y entraré de lleno, con decisión, en el tema propuesto.

El mar como protagonista conceptual

En la enunciación del título del tema que desarrollaré existe un protagonista destacado en torno al cual va a girar toda mi exposición. Un protagonista, inmenso, profundo, misterioso, que forma parte del ser y de la esencia de Chile y también de España, como uno de los más grandes regalos que chilenos y españoles hemos recibido de la Providencia. Ese protagonista es el *mar*.

La primera cuestión que se nos plantea es, pues, definir a nuestro protagonista: ¿Qué es el mar?

Si propusiéramos, en un alarde de máxima concisión, expresar en una sola palabra la esencia física del mar, esa palabra, única y definitiva, sería "agua". El mar es, ante todo y sobre todo, agua.

En el segundo día de la Creación —según el Génesis— dijo Jahvé: "Reúnanse en un solo lugar las aguas y aparezca lo seco. Y fue así. Dios llamó a lo seco tierra y a la masa de las

* Conferencia dictada por el autor en la Universidad de Chile, en Santiago de Chile, el 17 de septiembre de 1991.

aguas llamó mares. Y vio el Señor que esto era bueno. Y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas".

El agua es el elemento que caracteriza, condiciona, diferencia y define la parte de nuestro planeta que llamamos los mares.

El agua es uno de los dos elementos condicionantes de la vida sobre la Tierra. El otro elemento es el Sol. En la Tierra hay vida porque hay agua. Los demás planetas tienen Sol, pero no tienen agua. Por eso están muertos. El agua es vida. Por eso dice el Génesis: "Y el espíritu de Dios —que es vida— aleteaba sobre las aguas". Quizá alguno de ustedes esté pensando que voy a transformar esta cátedra en un púlpito y pronunciar un sermón. Nada más lejos de mi intención; pero lo cierto es que cuando se piensa o se contempla el mar, la idea de Dios surge inevitablemente.

El mar es, en su esencia física, agua y vida, una vida que se manifiesta en muy diversos ámbitos y que hay que saber observar y ver.

Para muchos, que sólo observan la superficie de las cosas, únicamente ven en el mar el mito y la musa, la aventura y la rima, sin darse cuenta de que sí, el mar es eso; pero es eso y mucho más. El mar es riqueza, es riesgo, es lucha, competencia, comercio, explotación, defensa, economía. En una palabra, el mar es poder y es política. El mar es política en su *aspecto funcional*.

Dado que el mar, por otra parte, supone un amplio, amplísimo espacio geográfico de nuestro planeta, es también geografía. El mar es geografía en su *aspecto espacial*.

Por ser el mar geografía y política, parece lógico iniciar nuestras consideraciones a la luz de la ciencia, que en cierto modo enlaza la política y la geografía, es decir, la geopolítica.

Dediquemos unos breves minutos a hablar sobre geopolítica.

El mar en la geopolítica

Si existe en el mundo una ciencia que haya sido exaltada hasta la exageración, controvertida hasta el extremo, criticada hasta el paroxismo y manipulada hasta lo increíble, esa ciencia es la geopolítica.

Ya desde su nacimiento, nada claro por cierto, a principios del siglo XIX, comienza la controversia. La escuela de los geógrafos alemanes Alejandro von Humboldt y Gulder Herder sienta las bases de la geografía política, que ampliadas por los también alemanes Karl, Ritter y Kapp, desembocarían en el determinismo geográfico bajo la fórmula del "pueblo y el suelo", que recoge Ratzel, el gran pontífice de la geopolítica germana, quien lanzó al mundo su teoría del "Lebensraum" —el Espacio Vital— en la que se apoyaría más tarde el misterioso General Haushoffer para servir al nazismo hitleriano como plataforma de sus designios expansionistas. Haushoffer, el gran manipulador de la geopolítica al servicio de Hitler, arrepentido tardíamente y horrorizado de lo que había hecho, acabó suicidándose con su más íntimo colaborador, su propia esposa. Con ello desaparece la geopolítica alemana. A este misterioso personaje vamos a encontrarlo de nuevo en la última parte de mi exposición, que —anticipo a ustedes— va a ser, estoy seguro de ello, la de mayor interés y la más brillante. Si ustedes tienen paciencia para seguirme hasta el final podrán comprobarlo.

Pero llega un momento, a finales del siglo XIX, en que son formuladas de forma categórica las grandes teorías geopolíticas que consagran científicamente esta ciencia. Sus autores son el inglés MacKinder, el estadounidense Mahan y el francés Pirenne, cada uno de ellos creador de una idea-fuerza. Una idea-fuerza que primero se adueña de nuestra mente, después anima nuestro espíritu y, por último, incita nuestra voluntad obligándonos a actuar en un sentido determinado.

La idea-fuerza de Mahan era asombrosamente sencilla y atrayente para los políticos de la época y se expresaba en dos postulados concretos. Mahan decía: "La nación que consiga dominar el mar en paz y en guerra dominará la Tierra y alcanzará la hegemonía universal".

"Para dominar el mar es preciso poseer y utilizar un instrumento adecuado, que es el 'Sea Power', el 'Poder Naval' ".

Mahan planteó la tesis, pero —como es natural— surgió enseguida la antítesis, sorprendentemente, de la cabeza del inglés Halford MacKinder, quien en 1904 publicó su obra *Geographical pivot of history* (El eje geográfico de la historia), portadora de otra idea-fuerza, opuesta a la de Mahan y concebida en estos tajantes términos: "Quien domine la Europa oriental controlará el corazón continental. Quien domine el corazón continental controlará la isla mundial. Y quien domine la isla mundial controlará el mundo". La isla mundial, para MacKinder, era Eurasia, es decir, el hasta entonces imperio soviético, actualmente en vertiginosa y aleccionadora descomposición. De este modo, al "Sea Power" de Mahan, MacKinder opone el "Land Power" (Poder Terrestre o Continental).

Tenemos ya la tesis y la antítesis. Para completar este apasionante proceso nos falta la síntesis. Y una vez más en la historia del

pensamiento político universal fue un francés, Henri Pirenne, quien encerró con singular agudeza el proceso. En su trascendental obra *Les grands courants de l'histoire universelle* (Las grandes corrientes de la historia universal) lanzó su teoría de la existencia de dos tipos básicos de sociedades en el mundo: La marítima y la continental. Dos tipos de civilización, dos estilos de vida y, sobre todo, dos clases de mentalidad humana y política.

Y el mismo Pirenne nos describe los rasgos fundamentales de esas dos concepciones vitales de la Humanidad.

"Los pueblos de condición marítima —dice Pirenne— se orientan hacia el exterior, hacia el intercambio comercial y cultural con otros pueblos. Son tolerantes, liberales y cosmopolitas. Sus cualidades más sobresalientes son la iniciativa y el individualismo, tanto en el plano social como en el intelectual. Su supervivencia está en el mar, en las comunicaciones marítimas y en la explotación de sus recursos".

En su elocuente contraste, Pirenne nos dibuja así a los pueblos de condición continental:

"Un grupo social cerrado, que vive reflejado en sí mismo en una estrecha solidaridad política y religiosa exclusivamente nacional y basado en la intolerancia. El individuo se subordina al grupo. Sus cualidades son la confianza y la seguridad en sí mismo, el culto al prestigio nacional y los deseos de superioridad racial. Su riqueza natural es la tierra, que se debe aumentar por la conquista. No necesitan del mar ni para vivir ni para combatir".

Y tras un detenido y cautivador análisis de la historia universal a la luz de estos principios, Pirenne enuncia su dictamen final:

"El tipo más evolucionado de civilización corresponde a los pueblos marítimos —atención al condicionante— siempre que el mar sea para ellos *una puerta abierta a los otros pueblos y no una frontera que les aisle del mundo exterior*".

La primera, más importante y más trascendente decisión que un pueblo ha de asumir es tomar clara conciencia de su condición geopolítica, marítima o continental, pues de esa primera actitud vital dependerá su éxito o su fracaso como nación.

Para nuestra desgracia, durante todo el siglo XIX y parte del XX, España, siendo como es una nación de clarísima condición geopolítica marítima, vivió encerrada en una nefasta mentalidad continental, haciendo del mar una frontera en vez de un camino, lo que provocó el trágico fenómeno de nuestro aislamiento internacional, del cual, gracias a Dios, ya hemos salido al adoptar una mentalidad atlántica y mediterránea y abrirnos de par en par al exterior.

Chile, para vuestra fortuna, nunca ha perdido su clara conciencia marítima, heredada de España a través, sobre todo, del Virrey Manuel de Amat y Junyet y ciertamente potenciada, tras la independencia, por grandes hombres de Estado chilenos, como el Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme, Diego Portales Palazuelos y Ramón Cañas Montalva. Y no sólo eso, porque Chile sigue, en estos momentos, creando una doctrina geopolítica oceánica, con portentosa mentalidad marítima y naval, como vamos a comprobar más adelante.

Dentro de esa dicotomía que Pirenne estableció, de pueblos o sociedades o potencias de condición geopolítica continental, la historia demuestra claramente que cuando se produce un choque entre ellas ha sido siempre la potencia marítima la que ha vencido a la continental. Los ejemplos son muchos: Asiria, potencia continental por excelencia en la Antigüedad clásica, fue derrotada por Grecia, potencia esencialmente marítima instituida en talasocracia; en la Edad Moderna, Alemania, gran potencia continental, fue derrotada en las dos guerras mundiales por la coalición de las dos más grandes potencias marítimas que han existido, Inglaterra y Estados Unidos. Y en los momentos presentes estamos asistiendo, atónitos, al hundimiento de la gran superpotencia de carácter geopolítico continental que era la Unión Soviética, cabeza del ya desaparecido Pacto de Varsovia, alzándose con la hegemonía mundial la potencia marítima por excelencia en estos momentos, Estados Unidos, cabeza de una coalición, la OTAN, creada en torno a un océano, el Atlántico norte, como su propio nombre lo indica, de carácter esencialmente marítimo.

Este hecho trascendental, que está marcando un hito en la historia de la Humanidad y que probablemente abrirá una era histórica, es el que ha dado lugar a la necesidad de crear un nuevo sistema o dispositivo en las relaciones políticas y estratégicas internacionales o, para ser más precisos, en las relaciones geopolíticas o geoestratégicas planetarias, llamado Nuevo Orden Mundial, sobre el cual pasamos a reflexionar durante breves momentos, para ocuparnos posteriormente de la geopolítica del océano Pacífico.

El Nuevo Orden Mundial

Los profundos y acelerados cambios de orden político, económico, estratégico, ideológico y estructural, que a partir de finales de 1989 se están produciendo en el antiguo Bloque Comu-

nista, oriental y de carácter geopolítico continental, que afectan directamente a la Unión Soviética y a sus antiguos satélites, los países de Europa central y oriental, e indirectamente a casi todas las naciones del mundo, han provocado la desaparición de la estructura básica geopolítica del mundo, marcada por la existencia de dos grandes bloques antagónicos, el Este y el Oeste, que proporcionaban un equilibrio inestable, arriesgadamente inestable, pero equilibrio al fin y al cabo, mantenido por una tensión permanente, definida y controlada por dos coaliciones geopolíticas y geoestratégicas. Al resquebrajarse uno de esos dos bloques, el Oriental, construido sobre los falsos cimientos de una ideología aberrante —cual es el marxismo-leninismo— y cohesionado por una tiranía brutal, ese precario equilibrio se rompe al debilitarse —aunque sin desaparecer— la tensión Este-Oeste, que casi es substituida por otra tensión que, en términos difusos y planteamientos en gran parte equívocos, ha sido denominada tensión Norte-Sur, que ya no es, como la del Este-Oeste, de carácter esencialmente geopolítico, sino de tipo fundamentalmente geoeconómico: Desarrollo y prosperidad en el norte, subdesarrollo y pobreza en el sur. El primer síntoma concreto, clamoroso y violento de este cambio estructural del equilibrio internacional ha sido, para muchos analistas, la Crisis y Guerra del Golfo Pérsico.

Este planteamiento, expuesto sin duda en forma excesivamente esquemática, tiene el atractivo de su simplicidad, pero precisamente por eso, por el afán de simplificar excesivamente la realidad, no es válido, ya que ese supuesto enfrentamiento y esas supuestas tensiones Norte-Sur no pueden, en absoluto, ser generalizadas debido a que se producen en zonas geográficas definidas, pero no con carácter universal, si bien —a primera vista y sin profundizar en el análisis— existen factores que pueden apoyar esta visión del mundo dividido y enfrentado según los ejes Norte-Sur.

Por ejemplo, nadie puede negar que en el Hemisferio Norte del planeta se encuentran los tres polos más poderosos en capacidad económica: Estados Unidos, la Europa occidental —aglutinada económicamente, sólo económicamente, en la Comunidad Económica Europea y dentro de ella la Alemania Unificada— y el Japón. Mientras, en el Hemisferio Sur están localizados los polos de mayor subdesarrollo y pobreza, como el Africa subsahariana o Africa Negra, para mejor entendernos, el Sudeste Asiático y, dolorosamente para nosotros, la América Central, habitada por pueblos de nuestra común estirpe.

Pero si profundizamos algo más en nuestro análisis observamos enseguida que también en el Hemisferio Norte existen regiones de profundo subdesarrollo, como toda la ribera sur del Mediterráneo, mientras que en el Hemisferio Sur se encuentran zonas de elevado desarrollo económico, político y social, como Australia y Nueva Zelanda, Africa del Sur y, en forma potencial, el Cono Sur de Iberoamérica, integrado por Chile, Argentina y Brasil, verdadero y formidable polo de poder en potencia, con inmensas posibilidades de futuro, siempre que dichos países sepan unir sus esfuerzos.

En consecuencia, el planteamiento del Nuevo Orden Mundial, basado en una nueva tensión geoeconómica Norte-Sur, substitutoria de la desaparecida Este-Oeste, de condición geopolítica, puede servir como una primera aproximación, pero no refleja en modo alguno la realidad, a mi modesto entender, aunque circunstancialmente pueda aparecer alguna clase de tensión Norte-Sur.

La realidad del Nuevo Orden Internacional, tal como personalmente la vislumbro, pues considero que es aún muy pronto para ver las cosas con claridad, está condicionada por una *tensión* residual Este-Oeste, que sólo afectará al Hemisferio Norte, una *tensión circunstancial* Norte-Sur y una serie de *tensiones coyunturales* provocadas por causas muy diversas y complejas, de tipos muy variados, tales como las diferencias étnicas, los nacionalismos, los fundamentalismos religiosos, en especial el islamismo, los desequilibrios económicos, las migraciones, los problemas fronterizos, los restos del colonialismo, el narcotráfico y otras largas de enumerar. Todas estas tensiones coyunturales pueden provocar "situaciones de crisis", dando lugar a una multitud de conflictos más o menos localizados que, en general, serán de baja intensidad, pero que si no son solucionados adecuadamente, evitando peligrosas escaladas, podrían degenerar en choques bélicos de alta intensidad, como ocurrió en la Crisis y Guerra del Golfo Pérsico.

Dado que las causas de las tensiones coyunturales existen, en forma más o menos larvada, en todas las regiones del planeta, las situaciones de crisis pueden surgir en forma repentina en cualquier lugar del globo terráqueo, pero con mayor probabilidad en el Hemisferio Norte —donde las tensiones coyunturales son más numerosas— que en el Hemisferio Sur.

Como consecuencia de todo lo anterior, el Nuevo Orden Internacional, cuya finalidad ha de ser asegurar el equilibrio mundial, base de la paz, deberá asentarse sobre sistemas

capaces de enfrentarse con eficacia a esos tres tipos de tensiones: La residual Este-Oeste, la circunstancial Norte-Sur y, como más graves y preocupantes, las permanentes tensiones coyunturales.

Este sistema, capaz de enfrentarse a estas tensiones, es el que ha de soportar, a mi juicio, el Nuevo Orden Internacional, y —esquematizando al máximo la cuestión— ha de estar basado en los siguientes cuatro parámetros estructurales:

—Primero. A escala universal. Para enfrentarse a los tres tipos de tensiones mencionadas debe ser reforzada la autoridad de la Organización de las Naciones Unidas y de su Consejo de Seguridad, adaptándolos a la nueva realidad de la distribución de potencias en el mundo internacional.

—Segundo. A escala también universal. Para enfrentarse a las tensiones Norte-Sur, de tipo geoeconómico, debe mantener una decidida cooperación económico-social entre las potencias desarrolladas del Norte y las subdesarrolladas del Sur.

—Tercero. En el Hemisferio Norte. Para hacer frente a la tensión residual Este-Oeste y a las tensiones coyunturales debe tener una capacidad de control de crisis basada en la potencia hegemónica de Estados Unidos en coalición con la Europa occidental, a través de la Alianza Atlántica, con un reforzamiento de la Comunidad Europea, la Unión Europea Occidental y la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, como foro de comunicación Este-Oeste.

—Cuarto. En el Hemisferio Sur, en el que, como hemos visto, afortunadamente la probabilidad y virulencia de tensiones, de crisis y de conflictos es muy inferior a la del Hemisferio Norte, será necesario realizar esfuerzos coordinados entre los países situados en las diversas regiones geográficas, para explotar los recursos humanos y materiales, hoy infrautilizados, y para acelerar el desarrollo político, económico, científico y cultural, capaz de eliminar cualquier tipo de tensión en esta mitad del mundo.

Tras este esquema, quizá excesivamente esquemático (perdón por la intencionada redundancia), de una probable estructura del sistema de fuerzas equilibradoras en un posible Nuevo Orden Mundial, centremos nuestra atención en el cuarto de los parámetros estructurales establecidos, el correspondiente al Hemisferio Sur, y dentro de él en una inmensa zona geográfica, con personalidad geopolítica propia, cual es el océano Pacífico sur, como parte diferenciada de la totalidad de este grandioso océano.

El océano Pacífico

Dentro de la dicotomía establecida por Pirenne, a la que nos referíamos al principio de nuestras reflexiones geopolíticas, en la existencia histórica de pueblos o de potencias de condición geopolítica marítima, en oposición a pueblos o potencias de condición continental, podemos observar que en el posible Nuevo Orden Internacional el poder hegemónico, al menos en el Hemisferio Norte, corresponderá, con toda certeza, a las potencias marítimas: Estados Unidos y Europa en torno al Atlántico norte y Japón en el Pacífico norte. Por ello resulta muy conveniente adoptar, en cualquier análisis global del futuro geopolítico mundial, una visión oceánica en la cual corresponde al océano Pacífico ser objeto de una atención especial por dos poderosas razones: La primera, por ser el océano más extenso del planeta, pues abarca casi la mitad de la superficie total marítima de la Tierra, con más de 180 millones de kilómetros cuadrados, una superficie superior a la suma de todas las tierras emergidas del globo terráqueo; la segunda, para prestar una especial atención al inmenso e impresionante océano Pacífico, que posiblemente es el que se encuentre peor explotado, tanto en el aspecto geopolítico como geoeconómico, de todos los océanos.

Al igual que ocurre en el océano Atlántico, el Pacífico puede ser dividido en dos subocéanos, el Pacífico norte y el Pacífico sur, siendo el ecuador la línea divisoria entre ambos.

El Pacífico norte, de superficie inferior a la del Pacífico sur, es un espacio geopolítico, geoestratégico y geoeconómico saturado, quizá ya supersaturado, de actividades potenciales para su explotación en tres grandes aspectos: En el geopolítico, la hoy potencia hegemónica de Estados Unidos se une a Japón y a Corea del Sur, mediante el Tratado de Cooperación suscrito por esos países; en el geoeconómico, en cambio, en el Pacífico norte existe la rivalidad económica entre Japón y Estados Unidos, aparte de un intenso intercambio comercial entre las dos orillas que provoca una notable densidad del tráfico marítimo; por último, en el ámbito geoestratégico la presencia preponderante de Estados Unidos y Canadá en la parte oriental, reforzada por la posición geodominante central de las islas Hawai y las bases estadounidenses en el Japón, Filipinas y otras islas, se ve limitada por la presencia, en la parte occidental, de la Unión Soviética —centrada en su base naval de Vladivostok— la de Cam-Rahn en Vietnam y la muy notable presencia de China, llamada a ser

en el futuro una gran potencia, especialmente si llegase a contar con el apoyo del Japón.

En elocuente y casi violento contraste con esta supersaturación de actividades nacionales e internacionales en el Pacífico norte, en el Pacífico sur nos encontramos con un inmenso espacio oceánico, mayor que el del Pacífico norte, en el cual es, en comparación, mínimo el nivel de actividades de explotación en los tres aspectos señalados y muy especialmente en el aspecto geoeconómico. La actividad geopolítica, cuyo objetivo consiste en el ejercicio del control o el dominio del espacio oceánico, es muy débil, como lo es la actividad geoestratégica de presencia de fuerzas y bases navales, y más débil aún la explotación económica en sus dos principales aspectos: El tráfico marítimo oceánico, aunque el costero tiene importancia, y la extracción de recursos biológicos —la pesca oceánica o pelágica— y minerales.

Esta determinante característica del Pacífico sur, su bajo nivel de actividades de explotación, es la que —en mi opinión—ha dado lugar a un nuevo concepto, a una nueva y atractiva idea-fuerza en el ámbito de la geopolítica, que ha surgido precisamente aquí, en Chile, y que ha sido denominada *oceanopolítica* una idea-fuerza a la cual vamos a dedicar las últimas y más interesantes reflexiones de mi quizá ya larga exposición.

La oceanopolítica

El concepto, el desarrollo y la estructura de la oceanopolítica ha surgido precisamente en Chile por la privilegiada —yo diría muy privilegiada— situación geográfica y geopolítica de que Chile goza en el Pacífico sur y especialmente en la zona suroriental, sin parangón con las otras naciones ubicadas en este gran espacio oceánico. El interés, por tanto, que la oceanopolítica tiene para los chilenos es sin duda muy grande. A este interés yo voy a corresponder asegurando a ustedes, sin falsa modestia y sin el menor pudor, que esta tercera y última parte de mi exposición va a ser, sin la menor duda, la más brillante, como les enuncié al principio. Y eso va a ser así porque todas las brillantes ideas que ahora en adelante voy a tener el honor de exponer ante ustedes no son mías, sino que tomadas de los escritos de quien podemos considerar el creador, el modelador y el impulsor de la oceanopolítica, que no es otro que el Comandante en Jefe de la Armada de Chile, don Jorge Martínez Busch, que para nuestra fortuna nos honra a todos con su presencia. Para ofrecer a ustedes, en resumen, lo que es, lo que significa y lo que supone la oceanopolítica, voy a procurar extraer la quintaesencia de las dos publicaciones del Almirante Martínez Busch que han llegado a mis manos y que corresponden a dos conferencias por él pronunciadas. La primera lleva por título "Ocupación efectiva de nuestro mar. La gran tarea de esta generación" y corresponde a la clase magistral que dictó el 4 de mayo de 1990, dentro de los actos del Mes del Mar de ese año en Chile; la segunda, titulada "El mar presencial: Actualidad, desafíos y futuro", corresponde al Mes del Mar de este año.

Veamos pues lo que en esencia encierra esa nueva idea-fuerza que es la oceanopolítica alumbrada por el Almirante Martínez Busch, sucesora de las ya comentadas ideas-fuerza de Ratzel con su "Lebensraum" (el Espacio Vital), de MacKinder con su "Land Power" (Poder Continental) y de Mahan con su "Sea Power" (Poder Naval), con la cual —como vamos a ver enseguida— tiene cierto paralelismo la idea de la oceanopolítica, cuya definición, clara y concisa, va a servir de pórtico a nuestras reflexiones sobre el tema. En palabras del Almirante Martínez Busch:

"La oceanopolítica es el concepto que considera la existencia del océano en el entorno geográfico y de la influencia que esta existencia tiene sobre las decisiones políticas. Su propósito fundamental es lograr que la gestión política considere al océano como el espacio natural para el crecimiento y desarrollo futuro del Estado".

Luego amplía esta definición afirmando que:

"Para alcanzar la finalidad específica del Estado, el bien común, los gobernantes deben tener siempre presente la presencia del océano y su influencia en el entorno geográfico del país, a la cual *he denominado* 'oceanopolítica'... considerando al mar y los espacios oceánicos como un espacio de desarrollo y crecimiento del Estado".

Para llegar a estas conceptuaciones, de profundo contenido geopolítico y marítimo, el Almirante Martínez Busch parte, entre otras, de una consideración referida precisamente al Pacífico sur y justamente tomada del eminente, misterioso y trágico geopolítico alemán, el General Haushoffer, quien en 1908 había escrito:

"Un espacio gigantesco se abre ante nuestros ojos, con fuerzas friamente objetivas, las cuales esperan el alba del océano Pacífico, sucesoras de la vieja etapa del Atlántico y de la caduca del Mediterráneo y de la vieja Europa... El Pacífico es hoy un desierto".

Es decir, que el concepto de la oceanopolítica toma sus raíces en la realidad del Pacífico como desierto, en frase de Haushoffer, que es preciso explotar.

Recordemos que al mencionar a Haushoffer, en el comienzo de esta exposición, anuncié que nos volveríamos a encontrar con este personaje, y así ha sido.

Para desarrollar el concepto de oceanopolítica y explotar los inmensos recursos que se encierran en ese "desierto" que es el océano Pacífico, el Almirante Martínez Busch afirma con gran precisión que:

"A la geopolítica clásica, centrada en el Hemisferio Norte, la respuesta es la oceanopolítica propia del Hemisferio Austral". Esto es, que la oceanopolítica es aplicable no exclusivamente pero sí preferencialmente al Pacífico sur.

Y a continuación expone con notable realismo y —yo diría— pragmatismo los *principios* generales de la oceanopolítica, que formulados en forma esquemática son los diez siguientes:

1. Su campo de aplicación son los espacios oceánicos.
2. Creación de una actitud oceanopolítica nacional.
3. Necesidad de un nivel de desarrollo previo.
4. Sensibilidad a las variaciones del nivel de desarrollo del Estado.
5. Acción y ocupación del espacio oceánico en cuatro niveles: Superficie, masa oceánica, suelo oceánico y subsuelo oceánico.
6. Necesidad de una regulación jurídica de las actividades en el medio oceánico.
7. El océano es un medio no renovable, posible de ser descompuesto y degradado.
8. Demanda el establecimiento de un código ecológico.
9. Requiere modernizar y adaptar la organización del Estado.
10. Exige centrar en la educación la conciencia marítima de los chilenos.

Establecidos los principios generales de la oceanopolítica es preciso definir los objetivos, las metas o los fines de los esfuerzos antes apuntados en los principios.

Esos fines, objetivos y metas de la oceanopolítica —aplicada a Chile— se concentran en una definida aspiración que a la vez supone un desafío, formulado con gran precisión por el Almirante Martínez Busch en la forma siguiente:

"Conseguir la *preservación, ocupación y explotación* del territorio oceánico de Chile, integrado por el Mar Territorial, la Zona Económica Exclusiva y el Mar Presencial, desplazando hacia el oeste —fuera del continente— la zona corazón del Estado de Chile y dejando como frontera el territorio continental y antártico".

En esta "declaración de objetivos" aparecen cuatro conceptos geomarítimos que constituyen el ámbito de acción de la oceanopolítica: El Mar Territorial, la Zona Económica Exclusiva, el Mar Presencial y el Territorio Oceánico como suma de todos ellos. Los dos primeros conceptos son de sobra conocidos y están definidos por el Derecho del Mar. El Mar Territorial es, como sabemos, la franja marítima de 12 millas de extensión a partir de la línea de costa y sobre la cual se ejerce la plena soberanía del Estado ribereño; la Zona Económica Exclusiva (ZEE) es el espacio marítimo que se extiende hasta 200 millas desde la línea de costa y sobre el cual el Estado ribereño ejerce derechos de soberanía, limitados a explorar, explotar, conservar y administrar los recursos naturales biológicos y minerales; el tercer concepto, el denominado Mar Presencial por el Almirante Martínez Busch, es el que constituye la gran novedad de la oceanopolítica y el pilar de toda su concepción.

En teoría pura, el Mar Presencial es "la zona de alta mar no sujeta a soberanía alguna de ningún Estado, sobre la cual un Estado ribereño siente o puede sentir la necesidad de *estar presente*, observando y participando en las mismas actividades que en ella desarrollan otros Estados".

Esta definición teórica y por lo tanto abstracta y forzosamente difusa, aplicada al caso de Chile, se concreta con matemática precisión en los siguientes términos expuestos por el Almirante Martínez Busch:

"El Mar Presencial chileno es aquella parte de la altamar, existente para la comunidad internacional, entre el límite de la Zona Económica Exclusiva continental chilena y el meridiano que pasando por el borde occidental de la plataforma continental de la isla de Pascua se prolonga desde el paralelo de Arica hasta el Polo Sur".

La extensión de este Mar Presencial chileno es de 19.967.337 kilómetros cuadrados, que unidos a los 108.239 del Mar Territorial y a los 3.490.175 de la ZEE totalizan una superficie oceánica del Pacífico suroriental de 23.565.751 kilómetros cuadrados, que es la extensión del Territorio Oceánico de Chile sujeto a los principios de la oceanopolítica.

Como es natural, la ocupación efectiva de esa inmensa zona oceánica, de acuerdo con los dictados de la oceanopolítica, plantea numerosos problemas de diversos tipos: Jurídicos, en relación con el Derecho del Mar; financieros, para alcanzar los ambiciosos objetivos propuestos; tecnológicos, para conseguir medios

capaces de explotar esa masa oceánica, su suelo y su subsuelo, etc. Todos estos problemas y otros de ellos derivados son tratados, con certera precisión, por el Almirante Martínez Busch en los mencionados escritos, ofreciendo soluciones y planteando propuestas para alcanzar los grandes objetivos señalados, soluciones y propuestas que, obviamente, no es posible reseñar en esta conferencia, por lo cual yo me permito recomendar a ustedes la lectura meditada y sosegada de ellos, por el enorme interés que para Chile y también para todas las naciones marítimas, entre ellas España, tienen las teorías del Almirante Martínez Busch sobre su idea-fuerza de la oceanopolítica. Por ello, en lo que a España se refiere, yo he solicitado al Almirante Director de la Escuela Naval Española, donde está cursando estudios un Capitán de Fragata chileno, como viene ocurriendo hace muchos años, que el Departamento de Estrategia efectúe un estudio analítico sobre este apasionante tema de la oceanopolítica.

Tras este resumen esquemático y sintético sobre la oceanopolítica, según el pensamiento de su creador, sólo me resta, para terminar esta ya larga exposición, ofrecer a ustedes unos breves comentarios personales acerca del conjunto de la idea y algunas de sus partes principales. He dicho comentarios y no juicios, porque para juzgar una obra de tanta envergadura científica y profundidad intelectual, como la del Almirante Martínez Busch, ni me considero capacitado para ello ni he contado con el tiempo suficiente para hacer el análisis que se merece.

Ante todo y sobre todo he de expresar mi profunda admiración por la originalidad, el atractivo y el extraordinario poder de captación, unido a una notable precisión intelectual, que ofrece la brillante obra del Almirante Martínez Busch al exponer su teoría de la oceanopolítica y su aplicación al caso de su patria, Chile.

El Almirante ha sabido crear un acicate poderoso para que los chilenos vean en el mar, en el océano, que con tanta prodigalidad tienen a su alcance, un elemento primordial de su desarrollo presente y futuro, haciendo realidad lo que Benjamín Subercaseaux dejó escrito en su obra *Tierra de océano* al afirmar que "Chile nació para el mar; del mar se alimentaron sus aborígenes; por el mar se consolidó su conquista; en el mar se afianzó su independencia; del mar deberá extraer su sustento; sin el mar no tiene sentido su comercio".

Por todo esto, la primera duda que se me presenta, al meditar sobre la aplicación de las teorías y principios de la oceanopolítica, es si todo ello podría ser aplicable a otros países que no cuenten —como cuenta Chile— con un inmenso océano frente a sus extensísimas costas, la posesión de las islas de San Félix y de Juan Fernández y sobre todo de la isla de Pascua, verdadero bastión de Chile en el Pacífico suroriental. Aunque el Almirante afirma que "la oceanopolítica no debe ser una idea que mire únicamente a Chile, sino que su acción se extienda a otros Estados del Hemisferio Austral", dudo que exista otro país al que puedan ser aplicadas estas teorías, en especial la del Mar Presencial.

Por último otra duda, de tipo puramente semántico y que se refiere al vocablo "ocupación". Quiza, pienso yo, sería necesario aclarar el alcance significativo de esa palabra referida al Mar Presencial chileno, ya que podría ser interpretada como "apropiación", lo que va mucho más allá de una intención de presencia o de permanencia en una zona marítima de la alta mar que, por mero hecho de serlo, constituye un "patrimonio común de la Humanidad", como muy bien dice el Almirante Martínez Busch en su magistral conferencia sobre el Mar Presencial, ya mencionada.

En resumen, la idea-fuerza de la oceanopolítica nacida en Chile y para Chile supone, sin lugar a dudas, un desafío, un reto y una magnífica ilusión para el futuro de un pueblo que tiene la gran fortuna de contar con un inmenso océano como parte integrante de su propio ser y de contar entre sus dirigentes a personalidades capaces de crear esos retos, esos desafíos y sobre todo esas apasionantes ilusiones.

Hemos hablado del mar y de los océanos como elemento de poder, de política, de explotación y de progreso. Pero el mar es todo esto y mucho más, porque es, ha sido y será siempre fuente de inspiración para todas las artes y en especial para el arte sublime por excelencia que es la poesía. Quizá nadie ha sabido expresar, en lengua castellana, tan inspirados y poéticos pensamientos como Gabriela Mistral, nuestra Gabriela Mistral, pues ella, siendo chilena, pertenece a todos los pueblos de nuestra común estirpe. Me honro, pues, de dar fin a mi exposición con estas dos impresionantes estrofas de su *Canción en el mar*:

Llévame mar, sobre ti, dulcemente
porque voy dolorida.
Ay barco! No te tiemblen los costados
que llevas a una herida.
Buscando voy, en tu oleaje vivo
dulzura, de rodillas.
Mírame, mar, y sabe lo que llevas
mirando a mis mejillas. ★